

## La misa en latín: el triunfo del silencio

**La música gregoriana, la solemnidad y la belleza de su liturgia cautivan a los asistentes**

**Isis Barajas**

Madrid- Decenas de fieles esperan en un silencio inusual, casi sepulcral, el comienzo de la misa. Entre ellos, mujeres con mantilla negra y sacerdotes con sotana se recogen en oración durante algunos minutos, mientras que los dos monaguillos, ataviados con roquete y sotanilla roja, se preparan, junto al sacerdote, para comenzar con la liturgia. No es una película de los 50. Estamos en pleno centro de Madrid, en la iglesia de San Luis de los Franceses, donde, desde hace años, se celebra, con la oportuna autorización del cardenal arzobispo de Madrid, la misa en latín, es decir, según el rito romano tradicional de San Pío V.

Pero en esta ocasión, la eucaristía tiene un tinte diferente, de acción de gracias, porque el pasado viernes entró en vigor el «Motu proprio» de Benedicto XVI, «Summorum pontificum», por el que no harán falta ya permisos especiales para celebrar una misa tridentina en cualquier iglesia si un número considerable de fieles lo solicita.

Ciertamente, la liturgia es lenta y larga (más de una hora). Tanto es así que a Marian y Conrad les resulta complicado mantener quietos a sus tres hijos durante toda la misa. Sin embargo, a la salida de la iglesia, todos coinciden: la belleza de los signos, la música gregoriana, la solemnidad y los silencios cautivan hasta tal punto a los fieles que asisten por primera vez a una misa de este tipo, que la mayoría, sino todos, desean repetir la experiencia.

El uso del castellano, siempre con el sacerdote de cara a los fieles, se reduce a las lecturas -que también se proclaman en latín- y a la homilía. El resto del tiempo, es la lengua universal de la Iglesia la que domina la liturgia y los cantos gregorianos. No por ello los fieles están ajenos a la misa, ya que, ayudados por un librito que detalla toda la liturgia tanto en castellano como en latín, pueden contestar y cantar los salmos sin error. Los momentos de mayor despiste vienen, sin embargo, a la hora de arrodillarse, sentarse y levantarse, que a veces se suceden con tanta rapidez y sin motivo aparente que al asistente novel le coge por sorpresa y sin tiempo suficiente para reaccionar. Aunque, según nos cuentan los más experimentados, es sólo cuestión de tiempo acostumbrarse a estos pormenores.

Pero si el latín es la lengua dominante, el silencio solemne y reverencial le gana con mucho la partida. En algunos momentos de la misa, como en la consagración, el sacerdote reza en voz baja, casi en un susurro que sólo perciben aquellos que ocupan los primeros bancos. Mientras tanto, el resto de la iglesia se sumerge en un absoluto silencio que los asistentes aprovechan para permanecer en oración. Así, y al tiempo que el sacerdote alza el cáliz o la Hostia, y mientras un acólito le sostiene la casulla simbolizando que la cruz no la puede cargar uno solo; un silencio estremecedor, sólo roto por la campanilla que en el momento justo toca un monaguillo, recorre la iglesia de un lado a otro. Después viene la comunión, de rodillas sobre un reclinatorio y en la boca. Todo se cuida al detalle, de modo que un acólito sujeta una patena para evitar que por error el Cuerpo de Cristo caiga al suelo.

### *Participar con el alma*

La mayoría del tiempo, aunque no todo, el sacerdote está de espaldas a los fieles o, como prefieren decir los asistentes a estas misas, «de cara a Dios». Los laicos no leen ninguna lectura ni las peticiones, ni siquiera rezan en voz alta el «Pater Noster», sin embargo, es una liturgia participativa, a su manera. Como asegura el padre Raúl Olazabal, un sacerdote del Instituto Cristo Rey que lleva nueve años celebrando con el rito tridentino, «nadie asiste a un concierto y se sube al escenario para tocar un instrumento, ya que sería un desastre. Lo mismo ocurre en esta misa. Los fieles participan de forma diferente. Cuando por ejemplo escuchas y vives los cantos gregorianos estás participando con el alma, que en definitiva, es una participación mucho mayor que la del cuerpo».